

DaBAR



Ciclo
C

27 de marzo de 2022

Domingo IV Cuaresma "Laetare"

nº
22

Año XLVIII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

“Se le echó al cuello y se puso a besarlo”

Después de que ha dado rienda suelta a aquel gesto, el padre no puede transformarse en juez. Se ha descubierto en su debilidad, por otra parte, el abrazo y el beso, unidos al arrepentimiento del hijo, resultan más eficaces que cualquier reprimenda. El abrazo y el beso clavan al hijo de ahora en adelante en sus responsabilidades: las responsabilidades de quién se siente amado, a pesar de las tonterías cometidas.

Es significativo el grito del hijo antes de emprender el camino de vuelta. “yo aquí me muero de hambre”.

Convertirse significa reconocer el ‘hambre’ verdadera, admitirla, sobre todo cuando nos movemos... en la abundancia.

Yo me arrepiento si encuentro el coraje de confesar, encontrándome conmigo misma, sentir que me falta algo, especialmente cuando uno tiene todo, en efecto el tener todo, el permitirse todo, es lo que esconde con mucha frecuencia lo que me falta, lo que me permitiría vivir como cristiano, como persona libre.

Por otro lado, el hijo mayor no cae en la cuenta de que él también tiene que volver, finalmente admitiendo que tiene muchas cosas que necesitan perdón.

“Hijo...todo lo mío es tuyo’. Quizás esto es lo que le da miedo, la posibilidad de “hacer suyo” el corazón del Padre, su amor sin medida.

En la parábola quizás falta un final feliz, la conversión del hijo mayor, es sin duda una conversión más ardua que la del hijo menor. Es difícil convencerse de que el puesto en la casa no se puede “conservar”. El padre le ha ofrecido al hijo pródigo el ternero cebado, el anillo, el mejor traje, las sandalias...pero no ha podido ofrecerle la acogida de su hermano mayor, no estaba a su alcance, y sin embargo, que hermoso hubiera sido poder ofrecerle el corazón rebosante de alegría del hermano mayor. Un corazón dilatado por la bondad, por el perdón y no entumecido por la mezquindad y el mal humor. Quién sabe si llegara a confesar: “Padre, yo te sirvo desde hace años, pero solamente hoy empecé a entender algo, de ti, de mi, del otro, de la casa.”

¿Cómo se puede vivir en una casa donde el corazón es más importante que las normas y reglamentos, donde la misericordia supera a la justicia?

¿Y tú? ¿Te sientes con fuerzas para poner a disposición un corazón “en fiesta”, para que la casa resulte acogedora?

Susi Cruz
susi@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Forma parte del saber popular aquella máxima de que «Dios aprieta, pero no ahoga». Todos los que en algún momento de sus vidas han pasado dificultades, que somos todos nosotros, sin excepción, del tipo que sean, materiales, económicas, personales, laborales, acabamos entendiendo, aunque nos cueste un poco al principio, el significado real de este proverbio. Y es que Dios nos da todo lo necesario, aunque nos pueda parecer poco siempre, tan inconformistas como somos y tan exigentes al tiempo de aquello que no siempre nos corresponde.

En esta primera lectura de este IV domingo de Cuaresma se nos narra la escena de la celebración de la primera Pascua que celebran los israelitas en la tierra prometida. Para el banquete de esta Pascua se utilizan ya los cereales producidos en esa región para elaborar los panes ázimos. Dios ha dejado, por tanto, de alimentarles con el maná, con el que hubo de proteger a su pueblo durante su peregrinación por el desierto. Pero Dios sabe que esa protección no es para siempre, que esos auxilios extraordinarios, pese a ser necesarios, no son para siempre. Y no lo son porque con el esfuerzo ordinario los hombres somos capaces de labrarnos nuestra subsistencia. Y, por supuesto, no solo podemos, sino que debemos, procurar la de los demás.

Jesús es ese verdadero maná bajado del cielo que nos mantiene en vida no solo en un determinado momento difícil de nuestra existencia, sino para siempre. ÉL, que es alimento para la vida eterna, vino precisamente para eso: para darnos una vida en plenitud, para introducirnos a nosotros mismos en la vida misma de Dios.

Yónatan Pereira
yonatan@dabar.es



Segunda Lectura

El v. 17 que hoy leemos en primer lugar, es el último del pasaje anterior en el que se nos dice que somos criaturas nuevas en Cristo Jesús. Pablo incide en su conducta como apóstol y defiende su ministerio apostólico. Hay problemas en Corinto debido, probablemente, a que han llegado misioneros itinerantes. Estos, más que a Pablo, dicen hacer caso al círculo de los Doce enfrentándose al ministerio de Pablo. Aquí está el problema de la autoridad porque aluden estos misioneros que Pablo no conoció al Jesús terrestre, por lo que su categoría de apóstol es menor. Pablo responde que ahora que Cristo ha muerto por todos, ya no hay que valorar a nadie con criterios humanos, ni siquiera a Cristo. Así desemboca en el v. 17: "De modo que, si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo".

Todo esto produce una transformación radical que no puede ser conseguida a través del esfuerzo humano. Es Dios quien la concede a través de la reconciliación. Pablo utiliza una palabra que aparece poco en el Nuevo Testamento: reconciliación. Diez veces utiliza Pablo el verbo "reconciliar" y el sustantivo "reconciliación". Cinco corresponden a este pasaje. Dios nos ha reconciliado por medio de Cristo por lo que todo pasa a ser nuevo. Y los apóstoles son esenciales, también, en esta misión: "Dios... nos ha confiado el ministerio de la reconciliación" (v. 18).

Vuelve a insistir Pablo en el pensamiento anterior: Dios tiene la iniciativa de reconciliar en Cristo. Por Cristo, Dios no tiene en cuenta los pecados de los hombres. Aquí destaca la "palabra de reconciliación". Así, si Dios está en Cristo y se ha revelado al mundo como santo y justo que exige expiación por los pecados, también los perdona a través de Cristo (v. 19).

Leyendo la carta, también se puede tener la impresión de que Pablo estaba pensando en reconciliarse con la comunidad de Corinto. Pero para ello, los corintios tendrían que reconciliarse con Dios. Por esto, Pablo llama a reconciliarse con Dios: "En nombre de Cristo, os suplicamos que os dejéis reconciliar con Dios" (v. 20). De todas formas, los apóstoles son embajadores de esta reconciliación y lo hacen en nombre de Cristo. La palabra mensajero-embajador que se utiliza tenía el significado de ser representante de un gran señor. En última instancia, el apóstol está al servicio de la palabra de Dios.

El último versículo recuerda la muerte de Cristo en la cruz y su gran eficacia reconciliadora y salvadora. Dios hizo pecado a Cristo, es decir, le dio la condición de pecador porque soportó los pecados del mundo. Así, Cristo sufrió por los pecadores como si fuera el responsable. Y todo para que "nos transformemos en salvación de Dios" (v. 21).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

En mismo marco de la subida a Jerusalén se incluye una sección con tres parábolas sobre el amor misericordioso de Dios: la oveja perdida, el dracma perdido y el hijo pródigo. Lucas sitúa la perícopa de hoy en este contexto por la afinidad de contenido. El texto de hoy recoge la tercera parábola sobre lo perdido que tiene como tema el amor del Padre, pero también el de la culpa humana.



Texto

El derecho sucesorio judío (Dt 21,17) establecía como heredero principal al primogénito, con el doble que el resto de sucesores legales (a fin de mantener la unidad del patrimonio), sin poder vender los inmuebles (Lv 25,23ss), pero en las donaciones en vida no regían estas normas, aunque el padre conservaba el usufructo vitalicio de la vivienda familiar que era inalienable. El hijo de la parábola decide abandonar la casa paterna y dilapidar su herencia fuera de la vigilancia del padre. Su vida de placeres y la salida de la casa del padre le llevan a la miseria, lejos de los suyos, donde nadie lo ayuda.

No se amedrenta y se pone a trabajar de lo que sea. En su condición de extranjero se le encomiendan los trabajos más viles. En especial, para un judío, encargarse de los cerdos es la peor de las humillaciones. Aún así, pasa tanta hambre que sería capaz de comer las indigestas algarrobas, signo de la más profunda miseria en Israel.

En esta situación se para a pensar y, al comparar su situación con la de la gente que servía en su casa paterna, lo que le lleva a la conversión. Ser consciente de su miseria le lleva a confesar su culpa (haber abandonado la casa paterna y haber dispendiado su herencia). Muestra de lo sincero de su arrepentimiento es el recordar el amor de su padre. Se reconoce indigno para volver a ser considerado hijo, no es que tenga orgullo por volver ganándose la vida solo.

Con estas intenciones vuelve y, a pesar de que el padre lo acoge sin preguntas, el hijo no quiere ahorrarse la confesión de su culpa. A partir de ahí todo el relato gira en torno al padre, su alegría por recuperar al hijo que creía muerto o perdido (en sus sentidos más reales que éticos) no tiene límites. La figura del hijo mayor representa la actitud de Israel, el hijo mayor, el que tendría más por heredar. El criado que le va con el chisme denota cierta ironía. Mientras el hijo mayor reprocha los bienes y dispendios, el padre habla de amor.

Pretexto

En la parábola Jesús compara la actitud de dos hijos ante su padre. A todos nos resulta fácil identificar a Dios con el Padre. Pero ¿qué suponen las actitudes de los dos hijos? Básicamente, suponen dos formas distintas de relacionarse con el Padre, con Dios. Dos formas que son tan evidentes hoy como lo eran para los coetáneos de Jesús. Por un lado, la evidente del hijo menor, un hombre capaz de reconocer su pecado y pedir perdón, los pecadores y publicanos con quienes se juntaba Jesús, y los que hoy nos sabemos con fallos en nuestra relación con nosotros mismos, con los demás y con Dios. Y, por otro lado, el hijo mayor, que es incapaz de ver su pecado, que se cree que cumplir la voluntad de su padre le da derecho a un banquete, los que hoy podemos creernos con derecho a salvarnos por cumplir unos preceptos, en su mayoría hechos por hombres pecadores como nosotros. El texto ya no va más allá.

Nuestra tradición hace que nos sea fácil identificarnos con el hijo menor, pero ¿cómo es nuestra relación con el Padre?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

Si el padre de la parábola hubiese tenido una familia numerosa en la que todos sus hijos hubiesen sido como el de la parábola, su amor incondicional y su acogida no hubiese sido con la fiesta de la parábola. Habría tenido que sentarse con su esposa, pensar y asesorarse para intentar educar a sus hijos de otra manera y con otras ayudas. Su amor misericordioso se habría extendido y formulado por otros cauces.

Todos los creyentes que han seguido a Jesús en campos de refugiados, cárceles, guerras y demás ambientes de marginación profunda, saben que la misericordia avanza a la par con la justicia, hasta donde es posible unirlos.

La primera, en el corazón de Dios no tiene límite, tampoco en sus hijos, pero ambos quedan en deuda hasta que la paz, el bienestar y la alegría coronan los derechos de todos los hijos de Dios. Con esta perspectiva se abre un campo inmenso en el que coincidimos todos los hombres de buena voluntad. Todas las religiones tienen aquí una tarea por delante. Basta creer en el hombre y en sus derechos para apuntarse al amor y a la justicia.

La misericordia del padre de la parábola cumple su justicia porque el amor siempre perdona, es creativo y sorprendente, como Dios. Una vez hemos corregido el frecuente error más o menos inconsciente de buscarnos a nosotros mismos al practicar la misericordia, entonces podemos imitar el amor de Dios. La libertad del pobre tiene su ritmo y sus derechos.

La misericordia es una necesidad del corazón herido, en empatía con el dolor del prójimo; esta persona no ha bloqueado sus sentimientos con egoísmo; no le basta sentir, necesita actuar y comprometerse; es creativo y no se cansa; respeta la realidad cuando no es alterable y respeta también la libertad del que sufre, no pretende cambiarle más allá de donde su libertad decide. La misericordia es fiel, como el amor de Dios. Dignifica a su autor y al que recibe su beneficio, nunca es humillante. Siempre tiende a unirse con la justicia, hasta donde las circunstancias lo permiten.

En nuestro mundo estructurado por la economía como si ésta fuese su dios, a la hora de testificar la fe en Dios, la práctica de la misericordia puede ser un puente que acerca el incrédulo a la fe. En el mundo del futuro tal vez sea el último testimonio que nos quede.

El motivo más fuerte que nos mueve a practicar la misericordia es la gozosa experiencia del perdón de Dios, cuando el Padre, después de esperar nuestro regreso, nos ofrece la fiesta de celebrar nuestro reencuentro con él. En esta cena a su mesa el corazón rebosa de paz, el cambio es radical y el futuro se llena de ilusión y esperanza. Ha comenzado otra vez la Resurrección.

Lorenzo tous
llorens@dabar.es



“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”
(Lc 15, 21)



Para reflexionar

Ante una persona necesitada, ¿he aprendido a escucharle de verdad?

¿Intento llevarle a mi mentalidad o respeto su proceso con amistad?

¿He conseguido ver la persona de Jesús en la cara del pobre?

Dios perdona siempre. Jesús no exigía nada a cambio del perdón. ¿Qué exijo yo a cambio de perdonar a alguien?

Jesús al que curaba, no le exigía seguirle. Cuando yo doy algo, ¿Busco alguna recompensa más o menos oculta?

Si Dios perdona siempre, ¿consigo perdonarme a mí mismo? ¿Qué me exijo a mí mismo para perdonarme?

Cuando fracaso con los pobres, ¿me canso de darme o sigo en su servicio?

¿Qué actitud tengo ante la conversión de los demás?

¿Me creo con derecho a salvarme por ser “bueno”, por ir a misa?

¿Soy consciente de la gratuidad de la salvación?, ¿de la gratuidad que tengo que desprender en mi vida?

Para la oración

Volvemos a tu casa, Padre, desde nuestras distancias más o menos largas. Tu llamada y tu espera la percibimos desde los puntos donde tu nos avisas y nos llamas. Necesitamos experimentar tu perdón para cambiar y emprender una vida nueva. Tu perdón nos llenará de paz y de gozo. Volvemos hoy a tu casa para dejar en ti el peso de nuestra debilidad, nuestros errores y todo lo que nos impide que tu amor y tu perdón nos transforme en hijos tuyos de verdad.



Como el hijo pródigo de la parábola, venimos con la carga de nuestros harapos, cansancios y hambres. Buscamos el sentido de la vida que nos da la fe vivida como

adultos. Nos falta luz, coherencia, valor y ayuda. Que tu Espíritu nos transforme y sepamos aprovechar los medios que pones a nuestro alcance.



Padre, hoy tenemos muy presentes a las personas que se han unido para acoger a los que por cualquier motivo andan dispersos y abandonados por el mundo. La calle es su hogar, sin escuela, sin techo, huérfanos, enfermos.

Con todo su amor y esfuerzo han construido un hogar de suplencia y van acogiendo a estas personas como si fuesen sus hijos. Niños, jóvenes, ancianos, hombres y mujeres de toda edad y condición.

Motivados por la solidaridad, el amor, la fe y toda su entrega, están cambiando tantas vidas en medio de dificultades de toda clase, siguiendo el ejemplo de tu Hijo, Jesucristo. No siempre tienen el apoyo social y económico al que tienen derecho, pero siguen adelante con la ayuda de Dios y de personas de buena voluntad.

Sabiéndolo o sin saberlo son un testimonio del amor de Dios, preparan un mundo nuevo de solidaridad y justicia. Hoy te pedimos por todos ellos, para que no se cansen, tengan los medios que necesitan y experimenten tu cercanía. Por el ejemplo de fortaleza, constancia, coherencia y amor de tu Hijo, te damos gracias y te cantamos con toda la Iglesia.



En esta eucaristía hemos recibido el perdón y el alimento que nos fortalece. Experimentar el perdón es fuente de alegría y de paz. Ahora estamos más cerca de la vida nueva de Pascua. Que tu Espíritu nos mantenga en esta renovación espiritual. Volvemos a la vida de cada día con ganas de saborear lo que hemos recibido y demostrarlo con nuestras obras.



Cantos

Entrada. Hoy vuelvo de lejos; Cristo ayer y hoy; Cristo es el camino (Erdozain en "Dios es amor"); Oración del pobre (Cubeles-Kairoi).

Acto penitencial. Señor, ten piedad (Erdozain "Dios es amor"); Ten piedad de mí (Bedmar Encinas).

Salmo. Gustad y ved (Palazón o Gabarain).

Ofertorio. Ten piedad, Dios mío (1CLN-111).

Aclamación al Memorial. (1CLN-J 31).

Comunión. Fiesta del banquete (Erdozain "Cristo vive"); Oh, Señor, delante de Ti (Erdozain en "16 Cantos para la Misa"); Sí, me levantaré (de Deiss); Volveré a la casa del Padre (Madurga); Bonum est confidere (Taizé)

Final. Un nuevo sitio dispomed.

La misa de hoy

Monición de entrada

Hermanos, hoy el hijo que vuelve a casa después de una ausencia desgraciada centra nuestra celebración. Veamos en qué nos sentimos identificados con él.

-Padre, aquel pobre hijo volvió a casa forzado por el hambre, aunque su arrepentimiento no era del todo sincero. Señor, ten piedad.

Saludo

El amor de Dios Padre, la humildad del Hijo y la perseverancia del Espíritu Santo llenen vuestro corazón.

-Señor Jesús, tu confiaste plenamente en Pedro, a pesar de sus perversos juramentos. Señor, ten piedad.

Acto penitencial

A medida que se acerca la Pascua, necesitamos profundizar en nuestra renovación.

-Espíritu de Dios, crea en nosotros lo que no alcanza nuestra pobreza. Señor, ten piedad.

Confíemos en el amor de Dios que aceptó tan generosamente la pobreza del hijo ingrato. Por Jesucristo nuestro Señor.



Monición a la Primera lectura

Escuchemos la narración de un paso definitivo para el pueblo de Israel; dejó de peregrinar y se asentó finalmente en la tierra prometida por Dios.

Salmo Responsorial (Sal 33)

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren.

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias.

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias.

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo nos estimula a acercarnos a Dios con ganas de recibir su perdón y comenzar una vida nueva.

Monición a la Lectura Evangélica

La parábola del hijo pródigo nos muestra el amor de Dios que no tiene límite.

Oración de los fieles

Somos una comunidad orante. Nos sentimos ante Dios en representación de toda la humanidad, tan necesitada de la ayuda de Dios.

Respondamos: Padre, ayúdanos.

-Padre, la pandemia ha dejado herida a toda la humanidad. Necesitamos vivir de otra manera Oremos.

-Padre, en la Iglesia hay intentos serios de renovación. Ayúdanos a vivir en ella más cerca de Jesús. Oremos.

-Señor, nuestro mundo está dividido por las guerras y el odio. Necesitamos la paz que viene de ti y del amor fraterno. Oremos.

-Padre bueno, los terremotos y otros desastres naturales, causan muertes y desgracias de toda clase. Ayuda a los necesitados. Oremos.

-Jesús bueno, tu curabas a los enfermos y consolabas a los tristes. Muchos buscan tu mano para sentirse aliviados. Oremos.

-Señor, muchos niños mueren de hambre, cuando aquí nos sobra comida. Queremos ayudarles. Oremos.

-Señor, bendice nuestros parientes, amigos y bienhechores. Oremos.

-Padre, la cuaresma es un tiempo de cambio para ser mejores. Ayúdanos a conseguirlo. Oremos.

-Señor Jesús, lleva contigo al cielo a todos los que han muerto víctimas de las guerras, del terrorismo, de muerte natural o de los desastres de la naturaleza. Oremos.

Padre, tú conoces la situación de todos los hombres; derrama tu amor abundante sobre toda la humanidad y ayúdanos a ser instrumentos de tu misericordia y tu perdón.

Despedida

Gracias, Padre, por habernos acogido en tu mesa. Nos has llenado de tu amor y tu misericordia. Llenos de tu paz volvemos renovados a nuestra vida de cada día como testigos de tu amor.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Domingo IV Cuaresma "Laetare", 27 marzo 2022, Año XLVIII, Ciclo C

JOSUE 5, 9a. 10-12

En aquellos días, el Señor dijo a Josué: «Hoy os he despojado del oprobio de Egipto». Los israelitas acamparon en Guilgal y celebraron la pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. El día siguiente a la pascua, ese mismo día, comieron del fruto de la tierra: panes ácidos y espigas fritas. Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná. Los israelitas ya no tuvieron maná, sino que aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

2ª. CORINTIOS 5, 17-21

Hermanos: El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

LUCAS 15, 1-3.11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y él empezó a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje, y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". El se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado"».

